GABRIEL MIRÓ Y EL PESO DE LOS AÑOS

Ricardo Landeira
University of Colorado

La carrera del escritor profesional en España nunca fue muy llevadera ni de muchas ganancias. En la época en que Miró se estrena como escritor, a principios del siglo pasado, contados son los autores que viven de la pluma. Desde los más notables como Miguel de Unamuno hasta los más desconocidos, todos sin excepción, tienen que costearse las publicaciones de sus primeros libros, al menos hasta haber alcanzado un índice de popularidad y número de ventas respetable en vista de lo cual las casas editoriales dejan de ser reacias a subvencionar sus obras. Así ocurre en el caso de escritores profesionales, mas al tratarse de escritores que desde un principio negaron tener la escritura como profesión y solo quisieron considerarla como vocación, lo difícil se torna imposible. Gabriel Miró, escritor puro, sin agenda de ningún tipo, entregado en cuerpo y alma únicamente a su estética, no pudo levantar cabeza en toda su vida en lo que se refiere a ganancias monetarias, a reunir un número regular de lectores asiduos o siquiera a poder elegir un lugar dilecto donde ubicar su casa y su familia.

En este breve ensayo hago un recorrido a lo largo de la postrera década de la existencia de Gabriel Miró, haciendo altos en momentos clave —felices algunos, tristes los más— que muestran las luchas de este pulcro escritor batiéndose día tras día con mínimas ediciones, injustos rechazos, intrigas difamatorias y adversarios tenaces cuyas campañas no supo él desarmar. Mi empeño en todo ello es dejar constancia de cómo, a pesar de una existencia adversa en todos los conceptos, Miró consiguió lograr una obra que perdura y cuya estima va en aumento por cuantos lectores la han sabido aprehender según él la había concebido, usando «la palabra que no lo dice todo, sino que lo contiene todo» (*El humo dormido*: 60) o, como lo ilustra el narrador del *Libro de Sigüenza,* de este modo: «Hay un balcón entreabierto. Un balcón "abierto del todo" quizá

fuese de una llaneza demasiado vulgar […] Por fortuna, aquel balcón estaba entreabierto» (Miró, 1990: 277). Este recorrido mío puede que sea familiar a los buenos conocedores de la obra mironiana, pero aun así lo hago para reafirmar mi fe en un escritor al que, por mucho que se le admire en la actualidad, todavía dista de haber alcanzado el reconocimiento que en mi estima merece.

Cuando en 1926 publica Gabriel Miró *El obispo leproso*, segunda parte de *Nuestro Padre San Daniel* (1921), había cumplido él ya los cuarenta y siete años, edad en que empezaba a sentirse mayor según confesaba a sus amigos. Esta larga obra en dos tomos, ubicada en la imaginaria sede episcopal de Oleza (Orihuela), resulta en muchos sentidos pareja a *La Regenta* de Leopoldo Alas también lanzada en dos tomos (1884-1885) y situada en otra capital provinciana (Oviedo) que su autor bautiza como Vetusta. Clarín tiene a la sazón treinta y dos años y, si bien le quedan pocos de vida, sus novelas, cuentos y otros escritos siguen apareciendo hasta la fecha de su muerte (1901) a los cuarenta y nueve. Miró fallece a los cincuenta. Ambos autores cosecharon muchos sinsabores tanto por parte de la Iglesia como por el ramo más reaccionario del mundillo literario de la época debido a la visión corrosiva de las costumbres provincianas, las oscuras prácticas eclesiásticas predominantes y la represión sexual de finales de siglo retratadas en sendas novelas. El relieve público de ni uno ni otro novelista decayó en absoluto sino todo lo contrario, pero, así como Clarín consiguió superar vituperios e injustos atropellos tronando desde el foro de sus *paliques,* Miró, desprovisto de una tribuna semejante, no pudo, ni supo, ni quiso afrontar los improperios y se sumió indefenso en la pasividad del refugio de su hogar familiar. A partir de estas fechas, hasta su inesperada muerte apenas cuatro años después, su existencia es un conmovedor periplo en el que sortea reveses sin cesar, acabando por resignarse a vivir en «el mundo según es» (King, 1961: 142). Este será el Miró definitivo para mí, el del último lustro de su vida cuando acordes él y su complementario *Sigüenza* dejan de existir a escasos meses de diferencia cuando ya nada se espera de este mundo, afirmándose el creador en su criatura y ambos en el ambiente de ficción donde los dos pervivirán para siempre. Nos quedan pues la bipartita novela de Oleza y *Años y leguas* no solo como sus obras maestras sino como las postreras salidas de su pluma. La una como culminación de su novelística y la otra como rúbrica de la trilogía sigüencista.

Había Miró llegado a Madrid hacía seis años, esperanzado por la posibilidad de una mejoría económica y de un más amplio horizonte para la publicación de sus obras. No venía en pos de la notoriedad o de los grandes éxitos, cosa que ni esperaba ni deseaba, anhelando únicamente el parabién que a su arte le constaba merecer. El Madrid de aquella época se constituía en el asiento de las más conocidas editoriales, en el centro de grandes rotativos y donde se encontraban importantes entidades culturales y literarias entre las cuales destacaba la Real

Academia Española sobre todas las demás. Algo después de arribar en la capital, el gran estadista Antonio Maura, diputado a Cortes, presidente del gobierno repetidas veces (1903-1904, 1907-1909, 1918 y 1921) y miembro y presidente asimismo de la RAE por algunos años, se convirtió en su valedor y merced a él Miró consiguió en 1922 un nombramiento burocrático de baja categoría interina que le permitió un vivir modestísimo, lejos del firme económico que él y su familia pretendían. El escritor se vio obligado a colaborar en revistas y periódicos o hacer traducciones, labores que detestaba por robarle las escasas horas a su obra para así aliviar las estrecheces «crematísticas» —como él las tildaba eufemística e irónicamente— que siempre acecharon a esta familia de cinco almas residentes en un piso alquilado en el centro de Madrid. Penurias que acaso inclinasen a Miró a probar suerte con la lotería según tiene sugerido de paso algún crítico (Ruiz Silva, en *Miró*, 1987: 23). Valga recordar al respecto el penoso episodio de las Navidades anteriores cuando el escritor, todavía desempleado, se había visto obligado a vender al Departamento de Instrucción Pública novecientos ejemplares de *Figuras de la Pasión del Señor*, realizando un igual número de pesetas.

Miró jamás quiso vivir de su arte, considerando que aprovecharse de él no era justo, afirmando que «si hallase un medio de vida, guardaría el arte para mi recreo. Tenerlo por profesión es casi envilecerlo» (Ontañón, 1987: 10). A fin de procurarse un sueldo regular, una vez casado y ya con dos hijas, decidió hacer oposiciones para un puesto de judicatura autorizado por su título de licenciado en Derecho (Granada, 1900). Se presentó en dos ocasiones (1905 y 1907) con ánimos de alcanzar un pasar bien remunerado, con suficientes horas de asueto para elaborar su obra sin nadie impedírselo. Esta nada ambiciosa *aurea mediocritas* le hubiese bastado, pues ya entonces reconocía que su vocación era de escritor y no de leguleyo. En una reveladora carta a Gabriel Maura con fecha del 11 de agosto de 1920, le declara sin rodeos: «Seré agente de seguros marítimos, de automóviles, de incendios, etc., un año, dos años, y ya casi rico, siquiera con la mediana hacienda del Caballero del Verde Gabán, me apartaré en una casa vieja mediterránea, con parral y todo y allí me llamaré, me buscaré a mí mismo, y todavía me encontraré» (Carpintero, 1983: 249). Indudablemente era de máxima significancia para él una judicatura asentada en la zona alicantina, evitándose con ello el forzoso y amenazador exilio que eventualmente lo llevaría a las ciudades de Barcelona y Madrid. Es de lamentar que en 1905 fue aprobado, pero sin plaza. En 1907 tampoco salió con éxito. Las grandes urbes siempre le fueron refractarias a Miró, ajenas al paisaje, al cielo abierto y al campo, pobladas de extraños, todo asfalto y edificios anónimos. De Barcelona dirá que «no tiene paisaje ni cielo, no le rodea la creación. Está ella sola» (Ontañón, 1987: 8) y de Madrid que «La ciudad es angostura, trueca la amistad en recelo. No se quieren ni aun los hombres de sencillos pensamientos»

(Ontañón, 1987: 9-10). Miró era hombre de la tierra y su verdadera morada fue siempre Alicante, por lo cual retorna en cuanto puede a sus recogidos lugares como el pueblecito de Polop de la Marina, donde pasaba todas las vacaciones veraniegas.

Si a Miró le agobiaron constantemente los apuros económicos fue ello en gran parte, como vemos, no solo por no querer comprometer su arte sino también porque aun siendo escritor eligió un camino ajeno a todo movimiento o asociación literaria. Se resistió a pernoctar en los cenáculos y tertulias de rigor en el Madrid de aquellos tiempos, lo cual le dificultó la difusión de sus libros, el logro de premios importantes y el acceso a la Real Academia. Otro tanto le pasa en lo que al escalafón burocrático se refiere, regido el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes en aquel entonces por Eduardo Callejo de la Cuesta, y con quien Miró nunca supo llevarse bien, desaprovechando así todo ascenso en el escalafón o mejora de beneficios. Él era por temperamento sincero, apacible, en absoluto interesado, poco emprendedor y sobre todo hombre muy casero. Deseó siempre que su obra se irguiese sobre sus propios méritos artísticos, del todo desentendida de cualquier ideario o escuela. Tal fue la quimera de un hombre recto, amable y, forzoso es decirlo, un tanto ingenuo en el ambiente caldeado de intrigas que reinaba en aquella capital en los años veinte.

De todos los recintos que habitaba Miró, el de oficinista, el de escritor, y el privado como padre, hijo y esposo, tan solo en este último disfrutó siempre de ininterrumpida paz y felicidad. Únicamente tuvo que sufrir por la muerte de un ser querido en su vida, su padre (6 marzo 1908), cuando el escritor tenía veintinueve años, pues a él lo sobrevivieron su madre, su esposa e hijas. La angustiosa pérdida de Juan Miró Moltó conlleva otras penas de largas consecuencias ya que con ella queda la familia sin sostén económico viéndose en el extremo de tener que vender la casa paterna y subastar su contenido para saldar muchas deudas pendientes. Es asimismo a partir de entonces cuando el hijo mimado que había sido Gabriel se convierte en el *pater familias* responsable él solo de todos los suyos, inclusive de su casquivano hermano mayor Juan.

En la década de los veinte Miró rinde varias obras perfectamente logradas, sumándose a las tres ya citadas, *El ángel, el molino, el caracol del faro* (1921), *Niño y grande* (1922), y trabaja sobre otras dos más que quedan inconclusas a su muerte, *Sigüenza y el Mirador Azul* (King, 1982) y *La hija de aquel hombre*. Todas fueron destiladas despaciosamente en el curso de varios años con sumo cuidado, podadas con dolor algunas solo por satisfacer exigencias editoriales que suponen lamentables pérdidas irrecuperables, como lo es el caso de las 175 páginas del entierro del prelado en *El obispo leproso* («castrado» les dice a J. Guillén y Guerrero Ruiz en carta de 30-IX-26 [Guillén, 1969: 120]) y anteriormente *Las cerezas del cementerio* (1910) según lo detalla Miguel Ángel Lozano en su introducción a esta novela (1991: 53-78). Es también la época en

que sus coetáneos como Juan Ramón Jiménez, Ortega y Gasset y Ramón Pérez de Ayala ofrecen importantes obras propias, al igual que sus mayores noventayochistas, como también la nueva Generación del 27, integrada por Rafael Alberti, Vicente Aleixandre (Nobel en 1977), Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Federico García Lorca, Jorge Guillén y Pedro Salinas, entusiastas admiradores estos de Miró, según lo evidencian sus conferencias, libros, artículos y hasta poemas dedicados a nuestro autor.

La singularidad de sus libros más discutidos, como lo fueron las *Figuras de la Pasión*, los volúmenes protagonizados por el personaje *Sigüenza* o aquellos difícilmente clasificables al estilo de *El humo dormido*, resultaban de una perfección estética poco acostumbrada para el público lector medio y poco sensible de aquella época. Desconcertaba a muchos la versión humanizada de los personajes bíblicos mironianos. La ambivalente identificación de creador y criatura observada en el omnipresente *Sigüenza* confundía a otros, escollos que no quiso salvar la gran mayoría destinando a la desidia aquello que hubiese costado un mínimo esfuerzo apreciar. Empero, se compraban novelas buscando la distracción, no abstracciones. Verdad es que contados novelistas de la época le negaron abiertamente sus méritos a Miró, pero también escasos fueron quienes le defendían. Fueron sobre todo los críticos, algunos de tanto peso como Ortega, pero mayormente otros menos capacitados, los del ramo del lápiz a la oreja, quienes cargaron las tintas más negras contra él en crónicas aparecidas regularmente en periódicos y revistas de la capital. «Los críticos han desvirtuado mi trabajo,» le dice Miró a Juan Gil-Albert en *Remembranza* (1980: 48). Lamentablemente, de inmediato llevaron las de ganar en número y tesón las facciones enemigas en sus persistentes campañas por impedir, primero, que Miró fuera galardonado con los premios más cotizados, segundamente que fuese admitido a la Academia como miembro numerario y, finalmente, consiguiendo que se le suspendiesen algunas de las pocas colaboraciones bien remuneradas con las que podía contar como sucedió con el prestigioso diario bonaerense *La Nación* donde Miró ve publicada su última crónica en las Navidades de 1927, tras recibir un cablegrama del directorio anunciándole a secas la suspensión, a pesar de venir bien acogidas la veintena de sus aportaciones a lo largo de cuatro años desde el domingo 7 de enero de 1923.

En justa ironía, pues precisamente en aquel diario había aparecido el 27 de abril de 1924 (y en *El Sol* el 1 y 2 de noviembre 1924) la narración «Huerto de cruces», recibió Miró la estupenda noticia de haber salido distinguido este relato, después incorporado en *Años y leguas*, con el premio Mariano de Cavia, patrocinado por el prestigioso periódico madrileño *ABC* de amplia difusión por toda España. Este sonado primer triunfo tuvo que esperarlo Miró casi cinco años una vez trasladado a Madrid. Habían pasado nada menos que diecisiete años desde que otro premio de renombre nacional le hubiese sido conferido,

el de *El Cuento Semanal* por su novelita *Nómada* (presentada bajo el pseudónimo de «El bachiller Sansón Carrasco»), acontecimiento amargado por la muerte de su padre aquel mismo día y en cuyo banquete celebratorio en el Hotel Inglés de Madrid el escritor profetizó «su rápido olvido» con cierta sorna (Márquez Villanueva, 1990: 31). Pío Baroja, Felipe Trigo, Valle Inclán y Eduardo Zamacois figuraban en el tribunal asesor. En la segunda y más reciente convocatoria, Miró había entregado en mano en las oficinas del *ABC* dos trabajos elegidos y preparados por su hija Clemencia, «sin ninguna esperanza como siempre» (Ramos, 1996: 544). En la tarde del 23 de marzo le sorprende una llamada a la puerta de su casa por parte del hijo del fundador del periódico y del premio creado en 1920, D. Ignacio Luca de Tena. La visita tiene como objeto anunciarle que el cotizado premio le corresponde como autor de «Huerto de cruces» juntamente con una dotación de cinco mil pesetas. Más tarde nos entera Miró que en la otra narración, «Sábado de luna», era donde había puesto sus esperanzas pues la consideraba mejor y la prefería. También sabemos a estas alturas que todos los miembros del jurado, menos el comediógrafo Pedro Muñoz Seca, votaron unánimemente a favor de Miró. Agridulce acontecimiento este, pues será el último galardón literario importante que reciba en su vida.

El 5 de abril de aquel mismo año, Domingo de Ramos, Miró se aventura a pronunciar una conferencia ante el Ateneo Obrero de Gijón en el Teatro Dindurra de la ciudad, que titula «Lo viejo y lo santo en manos de ahora». La invitación a este acto se supone como el desagravio público de la localidad a Gabriel Miró y al director del periódico gijonense *El Noroeste*, D. José Valdés Prida, sentenciado a tres días de cárcel por el juez Gabriel Cayón, por haber tenido la temeridad de publicar «Mujeres de Jerusalén» (fragmento de la controvertida *Figuras de la Pasión*), obra según el dictamen «de un escritor conocidamente herético» ocho años antes. Miró, como sabemos nada aficionado a las conferencias, cumplió debidamente con esta obligación, aprovechando su larga disquisición no solo para defenderse de la pasada injusticia doble sino para explorar sus conceptos de la creación literaria, nociones que seguramente muy pocos en el público auditorio estarían capacitados para comprender muy bien.

El año termina felizmente para él y los suyos con el nacimiento el 1 de noviembre del primer nieto, y para el escritor de modo especial lo que supone la firma de un contrato con la editorial Biblioteca Nueva en diciembre que en adelante se encargará de sus obras completas, así como el regalo de un *Ex-libris* dibujado para Miró por su amigo Francisco Pérez Dolz (Carpintero, 1983: 330). El cambio de editoriales, aunque muy deseado por el escritor, le salió a este muy caro por tener que abonar a la casa Atenea 8.000 pesetas para liquidar sus deudas con aquella empresa, 6.000 de las cuales las sacó de la traducción inglesa de *Figuras* y el resto lo tuvo que pedir prestado (Ramos, 1996: 532).

1926 comienza apaciblemente dedicándose Miró a primeros de año a la preparación de sus obras completas para la nombrada editorial de José Ruiz-Castillo Franco. Todo cambia de manera radical, sin embargo, andados los meses, cuando se pone a la venta *El obispo leproso* y empieza a exhibirse en los escaparates de librerías por toda España. Una anterior campaña organizada en contra de la primera parte, esto es *Nuestro Padre San Daniel*, había sido dura y más aún al presentarla Miró para el Fastenrath de la Real Academia, premio ganado por *El centro de las almas* de Antonio Porras. Nadie hubiese podido imaginar, no obstante, la turbamulta desencadenada por la publicación del folleto de Ortega «*El obispo leproso*. Novela de Gabriel Miró» aparecido en la edición dominical de *El Sol* el 9 de enero de 1927 (recogido en sus *Obras completas*, tomo III) con motivo del nuevo libro. Hasta esta fecha las críticas en torno a la obra habían sido tibias aunque más bien favorables, pero la importancia de un diario con gran circulación y la figura sumamente influyente del pensador de moda hunden la novela y humillan a su autor de manera tal que sus adversarios se envalentonan dando lugar a hostilidades inicuas en extremo, ultrajando a Miró como «decadente», «pornógrafo», «homosexual», «ateo», y hasta de exhibir un «estilo leproso», esto último escrito por Luis Astrana Marín a lo largo de dos furibundos artículos en *El Imparcial* (27 de febrero y 6 de marzo). Como «Frívola, arbitraria e injusta» califica Edmund King (1982: 101) la reseña orteguiana que tanto dio que hablar y sobre la cual se vertió tanta tinta por meses enteros a lo largo de la primera mitad de 1927. En su prólogo a *Sigüenza y el Mirador Azul* King desbarata razonadamente y pieza por pieza los caprichosos e infundados argumentos orteguianos. Hoy recordamos la reseña de Ortega, pero desatendiendo sus argumentos caprichosos, considerándola no solamente injusta sino de escasa relevancia. En todo caso, es innegable que Miró fue noticia titular en la prensa de ambos bandos. Dedicados a su persona, así como a sus libros, el *Heraldo de Madrid* rompe el fuego el 18 de enero al consagrar íntegra su sección literaria con un «Homenaje a Gabriel Miró» donde colaboran catorce conocidas firmas en apoyo del novelista. Le sigue *El Siglo Futuro* con otra andanada en contra y poco después *El Debate*, *El Imparcial* y otros diarios hasta registrarse alrededor de un centenar de crónicas, columnas y opiniones, arengas lamentables la inmensa mayoría de todos los carices.

Dos resultados positivos quedan del revuelo desatado por el irresponsable, en esta ocasión, fundador de la *Revista de Occidente.* Primero es la publicación del texto *Sigüenza y el Mirador Azul*, editado póstumamente por Edmund King (Madrid: Ediciones de la Torre, 1982), donde Miró, en tres versiones distintas, se esfuerza por dar una contestación a la censura de Ortega sobre sus dotes como novelista, mayormente el de parecer «gran escritor sin la inspiración de novelista» y su novela de carecer de «centro único», de personajes que remedan «cabezas de cartón» y de un tempo narrativo estático que no incita a

tornar la página pese al «magnífico lirismo» de su prosa. Aquí nos lega Miró una *apologia pro domo sua* inconclusa y que seguramente dejó sin publicar porque tal como está no persuade su formato disperso, apenas formulada su argumentación, desprovisto de una sintética conclusión.

Segundamente, este año de 1927 se salva del *annus horribilis* que pudo haber sido para Miró merced a la admiración que le demuestra la nueva generación de escritores ya aludida. Estos jóvenes, apodados de poetas-profesores una vez echadas a andar sus carreras universitarias docentes, coincidieron en su devoción incondicional por Miró y su obra por primera vez en el Ateneo de Sevilla al juntarse allí en compañía del torero Ignacio Sánchez Mejías, igualmente aficionado a la poesía, para marcar el tercer centenario de la muerte de Luis de Góngora. Broche de la feliz ocasión es una tarjeta postal que envían con todas sus firmas Rafael Alberti, Dámaso Alonso, José Bello, José Bergamín, Gerardo Diego, Federico García Lorca, Jorge Guillén y Fernando Villalón a Miró el 19 de diciembre de 1927 en la que ponen: «Todos participamos en la admiración y cariño a Sigüenza» (Guillén, 1969: 136). Desde su despacho como secretario de Publicaciones del Ministerio Miró los apadrinó en las celebraciones y en alguna publicación sobre el gran poeta cordobés del Siglo de Oro, anatematizado por la generación anterior del Noventa y Ocho. Ninguno de ellos se arrepentirá de tal gesto y la mayoría continuó escribiendo y recordando a su maestro hasta el final. Con versos lo hicieron Gerardo Diego («Visitación de Gabriel Miró»), Rafael Alberti («Balada con retorno a Gabriel Miró»), y sorprendentemente un maduro Manuel Machado («Peristilo»). Las aportaciones de Dámaso Alonso, Jorge Guillén, y Pedro Salinas, catedráticos en las universidades de Madrid, Murcia y Sevilla, respectivamente, acaso sean las de más peso. El primero, quien una tarde mientras iba en el tranvía reconoció a Miró sentado próximo a él, descubrió tras bajarse que los dos vivían en la misma casa, número 46, de la calle Rodríguez San Pedro. El poeta y futuro presidente de la RAE nos deja unas páginas transidas de emoción de su amistad con el escritor y de la personalidad del hombre que era Miró a mediados de los años veinte tituladas «Gabriel Miró en mi recuerdo», reproducidas múltiples veces en colecciones de sus obras. Guillén a su vez amplía considerablemente nuestros conocimientos del novelista en un precioso libro para bibliófilos *En torno a Gabriel Miró* (1970) donde incluye un epistolario íntimo y revelador.

Aunque no disminuyeron las campañas de desprestigio en contra de Miró ya bien para entorpecerle la elección a la Academia, ya bien para impedirle acceder al premio importante de esta corporación, las declaradas amistades de estos jóvenes entusiastas de Góngora y Miró, así como las de otros incondicionales suyos como lo fueron Azorín, Ricardo Baeza, Menéndez Pidal, Palacio Valdés y el propio Unamuno tuvieron que paliar en mucho la tristeza y el desengaño que no pudieron menos de hacer mella sobre un espíritu tan sensible y generoso.

El Fastenrath le había eludido en la primera tentativa con *Figuras de la Pasión* en 1917 al recaer sobre *El verdadero hogar* de Mauricio López Roberts. La segunda negativa le toca a *Nuestro Padre San Daniel,* en 1922 siendo premiada *La revolución de Laiño* de Francisco Camba. La tercera y última vez que Miró acude a la convocatoria fue en 1927 con *El obispo leproso*, recibiendo idéntica derrota a las anteriores a favor de *El centro de las almas* por Antonio Porras. Esta tercera tentativa, aunque fácilmente adivinable para nosotros, tras la borrasca orteguiana y el malicioso consorcio de extrema derecha dentro y fuera de la Academia, desalentó mucho a Miró, disuadiéndole de publicar cosa alguna durante un largo periodo. Teniendo por seguro que esta era indudablemente su mejor novela hasta la fecha, el soslayado escritor acaparó como mejor pudo los ataques, agotadas ya las fuerzas para defenderse a sí mismo o a su obra.

En lo que se refiere a su acceso a la Academia, fue primero ello idea de su conterráneo Azorín (elegido él en 1924) quien juntamente con Armando Palacio Valdés y Ricardo León proponen a Miró el 24 de febrero, apoyando la candidatura entre otros el futuro presidente Menéndez Pidal, para ocupar el sillón C vacante al fallecer Daniel Cortázar, mas fue elegido el conde Amalio Gimeno Cabañas. Dolido en su intimidad, Miró le confiesa a su amigo Enrique Puigcerver en carta del 26 de abril: «nada pedí, nada busqué y todo lo he perdido», refiriéndose al imaginado relieve que una ascensión a la Academia le hubiese aportado. Finalmente, dos años más tarde al fallecer Eduardo Gómez de Baquero (*Andrenio*) queda vacante el sillón F, pero Miró ya no quiere pensar en ello. No le seduce más semejante posibilidad, declarándole en una entrevista a César González Ruano «Yo no tengo amigos ni tampoco simpatizantes en la Academia […] Además yo no tengo espíritu académico. Sería un hombre inútil en la Academia, como lo he sido casi en la vida» (Ramos, 1979: 357). Palabras que insinúan el desánimo profundo de este postergado autor al borde de una claudicación que vendría a ser definitiva en varios conceptos. Más confesional es el tono con que se lo dice en la intimidad a su amigo Juan Gil-Albert: «Una vez tan solo consiguieron que me interesara en el nombramiento. No seré ya nunca académico. Entonces hubiera sido difícil. Había que llenar el ritual de visiteo a los Inmortales. Eso yo no lo hago» (Ramos, 1979: 359). En realidad, esta vendría a ser no la segunda sino una segura tercera negativa de la corporación ya que allá muy atrás, al fallecer José Ortega y Munilla (30 diciembre 1922) algunos admiradores alicantinos pensaron en la posibilidad de su candidatura, habladurías pronto silenciadas por la elección de Joaquín Álvarez Quintero. Miró a estas alturas estaba muy desengañado y en adelante se negó a participar en todo cuanto tuviese que ver con la Academia. En silenciosa pero contundente réplica a la Academia, Azorín dejó de asistir a las reuniones de todos los jueves por mucho tiempo queriendo con ello dar fe de la adhesión que guardaba a su paisano y amigo.

Acaso lo más lamentable de este penoso capítulo de repetidos rechazos por parte de la RAE resulte ser no solo la pérdida sufrida por el preclaro novelista sino otra equivalente que la entidad misma descartó. Consabido es que Miró merecía con creces ser acogido como académico numerario, algo que él deseaba vivamente, pero tan indiscutible es el que la propia Academia se hubiese beneficiado mucho con la presencia del escritor, pues pocos como él conocían el lenguaje y el valor exacto de cada vocablo. Ni siquiera el exigente José Ortega, en su archiconocido artículo, le regateó su inigualable maestría lingüística, aseverando: «No creo que haya actualmente escritor más pulcro y solícito. Cada frase está hecha a tórculo. Cada palabra, ensamblada con las vecinas, y luego, pulida la coyuntura […] la perfección de la prosa es, en Miró, impecable e implacable» (Ortega 96). Y valga como último testimonio de su dominio pleno del lenguaje y de su amplísimo vocabulario esta anécdota de Edmund King protagonizada por dos conocidos ensayistas: «Don Fernando de los Ríos decía —me lo ha contado nuestro llorado Vicente Llorens— que leía a Miró con el diccionario a su lado, y que Miró sabía palabras desconocidas por el diccionario» (King, 1994: 16). Extraordinarias pudieron haber sido sus aportaciones a lo proclamado por el lema «Limpia, Fija y da Esplendor» pero tan sublime misión la olvidaron los académicos al considerar la candidatura de nuestro escritor. Que aquellos hombres (la primera mujer y conocida de Miró, Carmen Conde, no fue admitida hasta 1978) desaprovechasen semejante ocasión nos sigue pareciendo imperdonable dado el inmenso beneficio que, para la lengua española, la Academia y Miró, hubiese supuesto habérsele votado como miembro.

Las campañas ruines que le perjudican económicamente, además de arrebatarle premios y desairarle una y otra vez, Miró las afronta amparándose en su hogar doméstico y con escapadas puntuales al lugar alicantino de Polop donde veranea todos los años. La familia y el paisaje de su tierra son los bálsamos que lo serenan, que cicatrizan los reveses sufridos en el hostil ámbito capitalino. A tal efecto, a finales de año Miró y su yerno Emilio Luengo, esposo de Olympia, acuerdan juntar las dos familias en una misma casa. Dejando el piso del barrio de Argüelles, donde habían vivido desde su llegada a Madrid a últimos de 1920, se mudan todos a un espacioso piso del Paseo del Prado, casi enfrente del Museo haciendo esquina con la calle de Huertas y por la cual pagan ciento cincuenta pesetas mensuales. Allí recibe Miró en acogedora tertulia a sus más allegados amigos los domingos por las tardes figurando en el círculo Heliodoro Carpintero, quien deja testimonio de sus ocho años de amistad asidua con su valioso *Gabriel Miró en el recuerdo* (1983), Dámaso Alonso, Ernestina de Champourcin, Ricardo Baeza y su esposa María, Oscar Esplá, María Alfaro quien prologó una preciosa edición de sus *Obras Escogidas* (Aguilar, 1960), y los familiares Emilio Luengo y Rafael Maignon quienes fueron los más asiduos

(Carpintero, 1983: 284). Con ningún otro de sus contemporáneos parece Miró haber entablado trato de estrecha amistad ni poseer en su biblioteca libros de los autores más conocidos del momento, ni siquiera de los célebres noventayochistas que dominaban las ventas y ejercían de maestros. Salvo en los casos de Azorín y Unamuno a quienes admiraba sobre el resto (sin haberse nunca tuteado ya por respeto o edad), aunque más bien por motivos personales, Miró poco o nada tenía en común con esta generación mayor. A diferencia de ellos, no figuraba España como problema en su obra, no le dolía la nación, ni siquiera fue andarín recorriendo caminos o explorando históricos rincones. Castilla le decía muy poco. Coincidió acaso, pero muy de otra manera, con la obsesión por el paisaje, pero el suyo, el levantino que le tuvo cautivo toda su vida. La aclimatación urbana en Miró nunca cuajó del todo ni en Barcelona ni en Madrid: «ni sirvo para Madrid ni a mí me sirve» (Ramos, 1996: 524).

El pensamiento constante de evasión y retorno a su comarca de Alicante, de una soñada jubilación y retiro en Polop, lo animaban todos los estíos a veranear con los suyos en «una heredad de alquiler» como la llamaba cariñosamente y por donde campeaba por sus alrededores jinete de un manso borrico o, cuando se le antojaba, sencillamente pasear por el agreste paisaje armado de un rústico cayado según vemos en fotos de aquella época. De 1928 data su última temporada en aquella localidad, pues el postrer veraneo lo disfrutan Miró, su esposa y dos hijas, no en Polop, sino en una finca llamada Benisaudet, propiedad de la familia de Clemencia y su hermana Juana Maignon. El lugar estaba situado en la carretera de Villafranqueza en las afueras de Alicante, que fue donde celebró su quincuagésimo cumpleaños el escritor. Y allí también se ve por fin cumplida la ilusión por poseer un solar donde construirse una casita que fuese de su propiedad según atesta esta amable carta dirigida a Miguel Fuster Albert, hijo del vendedor de la parcela:

> Querido Miguel: A estas horas ya tendrá usted noticias de nuestros deseos de ser vecinos —vecinos-hacendados— de Polop, a costa de la hacienda suya. No se ultimó documentalmente el asunto porque le rogué a su padre que fuese Vd. el que lo autorizara con su firma. Habrá sido el escribano Don Juan Berenguer; y en el documento privado constará el agua, la tierra y el cielo todo por setecientas cincuenta pesetas que todavía no he pagado (*El lugar hallado*, s/p).

El gran contento les dura por desgracia solamente unos meses, al cabo de los cuales tanto Miró como su amigo el maestro y alcalde del pueblo, Joaquín Fuster, habrán fallecido. Rodeada de almendros, olivos y algarrobos, desde donde «se ve el mar, dos valles [y] cuatro pueblos» (Ramos, 1996: 362), la casita de *Sigüenza*, como la bautizará su familia, fue edificada alrededor de 1950, su diseño acorde con los deseos de Miró por el arquitecto Miguel Ángel Abad Miró, hijo de una prima hermana del escritor. Al visitarla su hija menor

Clemencia poco tiempo después, aprovecha para conversar con el mismo Miguel destinatario de aquella carta y ahora vecino, prometiéndole y prometiéndose volver en fechas próximas para habitar ella la casa soñada de su padre. Tristemente una muerte temprana el 26 de julio de 1953 le roba también a ella semejante posibilidad.

Durante el año 1928 Miró no publica ninguna colaboración periodística, si bien van apareciendo los tomos de la serie de sus *OOCC*, entre ellos el magnífico volumen de *Años y leguas* con una entrañable despedida profética de su más allegado ente de ficción diciéndonos a sus lectores «Y aquí dejaré a Sigüenza, quizá para siempre. Conviene dejarlo antes de que se quede sin juventud» (*OOCC*, 1196). Miró tiene cuarenta y nueve años en el momento de su publicación, libro empezado en el verano de 1922 en Polop. Su título, colmado de significado en las múltiples dimensiones sugeridas por los vocablos-concepto *años* (tiempo) y *leguas* (espacio) se hermana con otros tan conocidos y sabiamente aplicados como *Of Time and the River* del norteamericano Thomas Wolfe aparecido seis años después y se remonta a la propuesta de Leonardo da Vinci «El agua que tocamos en los ríos es la postrera de las que se fueron y la primera de las que vendrá; así el día presente» (Sánchez Ferlosio, 1965: 5).

Cuatro breves artículos son todo el saldo de publicaciones de los cinco últimos meses de su vida en 1930 que serán recogidos en el volumen póstumo editado por Clemencia en 1952 y titulado *Glosas de Sigüenza*, mientras sigue haciendo preparativos para la novela *La hija de aquel hombre*, cuya publicación Miró dice proyectar todavía dos años por delante. Sin duda alguna, él sigue siendo fiel a su arte por lo cual, aunque disminuya el tempo de su quehacer literario, hay que tener en cuenta *el peso de los años* lastrados por estrecheces económicas, agravios a su persona y los desprestigios a su obra que le avejentaron antes de tiempo. Quienes se encontraban con él por la calle observaban asombrados su aspecto. Rafael Alberti le recuerda así: «No mucho antes de su muerte, lo encontré con Pedro Salinas en la Glorieta de Atocha. Los acompañé hasta la Cibeles. Miró andaba como vencido, los párpados morados, amarillenta la tez. Un mes después moría allí, en Madrid, lejos del mar azul que él llevaba en sus ojos» (1980: 186). Conciencia de su edad desde luego la tiene Miró cuando en otra ocasión se queja a su editor Ruiz Castillo: «¡Esos cincuenta que acaban de aparecer, culminando y midiendo mi vida! ¡Cincuenta años, Castillo! He de principiar a ser viejo» (Ramos, 1996: 645). Muestras todas ellas que bien pudieran atribuirse a la melancolía de la edad, mas innegable también es la interrogativa de una obra futura, de si cabría esperar otros logros que la ampliasen. Añádase a ello su acostumbrado público lector, siempre reducido dado que su narrativa no fue nunca un pasatiempo sino un ejercicio de enfocada atención, y nos encontramos con un Miró taciturno, con dudas que lo acongojan, según le confiesa a Carmen Conde (véase más arriba) que está «cada día

más lejos del oficio» en una carta fechada el 25 de setiembre de 1928 (Márquez Villanueva, 1990: 30). Iguales sentimientos los adivinamos en una entrevista poco después en 1929 con César González Ruano, a quien declara: «Cada vez publico menos. Seguramente hasta dentro de dos años no saldrá una novela mía. ¿Que si se venden? Muy poco, muy poco… Yo soy un autor de tres mil ejemplares» (Ramos, 1979: 358).

La vida ejemplar de este hombre sin afectación, resignado a una suerte adversa pero dedicado incondicionalmente a su arte hasta el fin, ni siquiera fue medianamente larga como hubiésemos esperado. Su amigo monovarense, aun llevándole seis años le sobrevivió nada menos que casi cuatro décadas, llegando Azorín a cumplir los noventa y cuatro. A propósito de las dispares longevidades, nos recuerda Edmund King que, curiosamente, sus conocidísimos pseudónimos de *Azorín* y *Sigüenz*a, habían aparecido con apenas unos meses de separación, respectivamente, en 1903 y 1902 (King, 1961: 128). A Miró apenas se le conoce enfermedad alguna, salvo que algo fumaba, excepto alguna gripe u otra ligera indisposición. Sus amigos médicos en Barcelona y en Madrid lo consideraban algo hipocondríaco sin pasar de ahí. A finales de 1923 adolece de una conjuntivitis, pero ni de niño cuando se quejaba de ciertos vagos padecimientos le hacían sus padres mucho caso, atribuyendo las quejas más bien al duro régimen típico del colegio jesuita, milagrosamente olvidadas una vez abandonado el internado y reintegrado al hogar paterno.

El afecto que siempre le tuvo a Unamuno se ve claramente cuando, haciendo notable excepción a su costumbre de no concurrir a ningún acto público por abominar de ellos, decide acudir al homenaje que se le rinde al viejo rector salmantino para celebrar su retorno del destierro, que duró seis años en Francia, al que fuera condenado por el dictador Miguel Primo de Rivera, para estas fechas él mismo exiliado y muerto en París (16 marzo 1930). Ya el 15 de marzo Miró había publicado en honor de aquel el artículo «Fotografía de don Miguel» en *La Gaceta Literaria* dándole la bienvenida.

Unamuno había cruzado la frontera el 9 de febrero, deteniéndose a lo largo del camino en San Sebastián y Bilbao a pronunciar sendos discursos hasta llegar por fin a su casa de la calle de Bordadores en Salamanca, donde fue recibido por una multitud apoteósica clamándole el obligado discurso que al cual el buen vasco nunca se supo negar. A Madrid viene por fin el 1 de mayo, día de fiesta socialista, acompañado de un hijo, yendo a hospedarse en el hotel Florida. Al día siguiente habla don Miguel en el cine Europa con tal denuesto que la policía le conmina al sazonado batallador a que deje Madrid lo antes posible (Salcedo, 1964: 327). Su arenga demasiado pública incitando a que el rey Alfonso XIII abandone España, en concierto intencionado o no con el *delenda est monarchia* coreado por Ortega, Gregorio Marañón, Pérez de Ayala y los suyos, no puede tolerarlo el gobierno.

La noche del sábado día 3 la Compañía Iberoamericana de Publicaciones quiso obsequiar al repatriado autor con una cena en el castizo restaurante Lhardy. A Miró y Unamuno los acompañaban Carmen de Burgos, Concha Espina, Antonio Machado, Eduardo Ortega y Gasset y otros notables. Al salir del festín, alrededor de la media noche, Miró se siente algo indispuesto, atribuyéndolo a la hora tardía, quizás a la falta de costumbre de trasnochar o a haberle sentado mal la comida. El caso es que al día siguiente no pudo levantarse y hubo que avisar al médico. Tanto su yerno el doctor Emilio Luengo, como su médico de cabecera Gutiérrez Arreses, no le dan importancia a la dolencia creyendo que se trata de una gripe. No obstante, la falta de mejoría seguida de altas fiebres en los días siguientes y consultados otros facultativos, entre ellos el urólogo Salvador Pascual, hace cambiar de parecer a todos ellos, quienes aventuran ahora un nuevo y más alarmante diagnóstico, pues se trata de una apendicitis aguda. Tan grave equivocación, descubierta con tanta demora, da lugar a una única medida desesperada que será practicarle al enfermo en el dormitorio de su casa una apendicetomía de urgencia cuyo fatal desenlace no se hizo esperar. El desatino de haber confundido un ataque de apendicitis con una vulgar gripe precipita la prematura muerte de nuestro infeliz escritor, injusta víctima una última vez. Así se nos arrebataba para siempre el más hondo prosista lucentino y «el hombre más puro de corazón que he conocido» según dijo de él Unamuno (King, 1994: 40).

A ruegos de su hija Clemencia había el agonizante accedido a que el capuchino P. Leoncio Santibáñez de la cercana Iglesia de Jesús le administrase la extremaunción y aquel mismo día, próximas las nueve de la noche, sin perder el conocimiento y rodeado de toda su familia Gabriel Miró exhaló el último suspiro. El sepelio, encabezado por Olympia, fue como él había pedido, temprano en la mañana del jueves 29 de mayo. El día de la Ascensión de Nuestro Señor amaneció con una lluvia fina digna de la más enternecedora y simbólica falacia patética que muchos presentes hubieron de sentir. En el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena fueron depositados sus restos donde yacen acompañados de los de su esposa y de su hija menor. Allí descansa Gabriel Miró, venerado hoy universalmente como solo lo había sido por sus más allegados y aquellos que verdaderamente le habían conocido en vida.

Bibliografía citada

Alberti, Rafael, *La arboleda perdida,* Barcelona, Bruguera, 1980.

Carpintero, Heliodoro, *Gabriel Miró en el recuerdo*, Alicante, Universidad de Alicante, 1983.

Gil-Albert, Juan. *Gabriel Miró: Remembranza,* Madrid, Ediciones de la Torre, 1980.

Guillén, Jorge, *En torno a Gabriel Miró. Breve epistolario*, Madrid, Ediciones de Arte y Bibliofilia, 1969.

King, Edmund L., «Gabriel Miró y "el mundo según es"», *Papeles de Son Armadans*, 62 (1961), 121-142.

Márquez Villanueva, Francisco, *La esfinge mironiana y otros estudios sobre Gabriel Miró*, Alicante, Instituto Juan Gil-Albert, 1990.

Miró, Gabriel, *Las cerezas del cementerio*, ed. Miguel Ángel Lozano, Madrid, Taurus, 1991.

Miró, Gabriel, *Glosas de Sigüenza*, ed. Clemencia Miró, Buenos Aires / México, Espasa-Calpe, 1952.

Miró, Gabriel, *El humo dormido*, ed. Edmund L. King, Alicante, CAM, 1991.

Miró, Gabriel, *Libro de Sigüenza*, ed. Ricardo Landeira, Alicante, CAM, 1990.

Miró, Gabriel, *Niño y grande*, ed. Carlos Ruiz-Silva, Madrid, Castalia, 1987.

Miró, Gabriel, *Nuestro Padre San Daniel. El obispo leproso*, ed. Paciencia Ontañón, México, Trillas, 1987.

Miró, Gabriel, *Nuestro Padre San Daniel*, ed. Edmund L. King, Alicante, CAM, 1994.

Miró, Gabriel, *Obras escogidas*, ed. María Alfaro, Madrid, Aguilar, 1960.

Miró, Gabriel, *Sigüenza y el Mirador Azul y Prosas de El Ibero*, ed. Edmund L. King, Madrid, Ediciones de la Torre, 1982.

Ortega y Gasset, José, *Espíritu de la letra*, ed. Ricardo Senabre, Madrid, Cátedra, 1989.

Ramos, Vicente, *Gabriel Miró*, Alicante, Instituto de Estudios Alicantinos, 1979.

Ramos, Vicente, *Vida de Gabriel Miró*, Alicante, Caja de Ahorros del Mediterráneo, 1996.

Salcedo, Emilio, *Vida de Don Miguel*, Madrid, Anaya, 1964.

Sánchez Ferlosio, Rafael, *El Jarama*, Barcelona, Destino, 1965.